

una incitación a la incomodidad

nueva izquierda y disputa institucional

>> *Martín Ogando* / Sociólogo y docente de la Universidad de Buenos Aires. Militante de la Juventud Rebelde 20 de Diciembre.

Nos acompaña desde hace tiempo una convicción: cada una de nuestras actividades militantes, cada aporte cotidiano, cada línea escrita tiene el objetivo de aportar en la construcción de una herramienta política emancipatoria y anticapitalista. Esa construcción que permita hacer posible el cambio social en la Argentina, en Nuestra América, en el mundo. Ahora bien, lo titánico de la tarea no puede hacernos perder de vista lo milimétrico, lo pequeño, de nuestro aporte. Por eso la faena es colectiva. Porque cada uno de nosotros y nosotras puede hacer un aporte relevante en la medida en que su pequeña palabra y sus pequeñas manos se ensanchen en otras palabras y en miles de manos. Así de parciales, incompletas y tal vez ínfimas se piensan las palabras que siguen. Por eso asumimos como piso, como algo dado, ciertas reflexiones planteadas con anterioridad por otros compañeros y compañeras, y aceptamos como necesarias, como aún ausentes, otras ideas de seguro superadoras. Así, nos concentraremos en un punto limitado pero que pensamos importante: nuestras taras y limitaciones a la hora de pensar la disputa institucional como momento específico y necesario en la construcción de poder popular. Punto incómodo de nuestra agenda, pensamos que debe encararse evitando el refugio de las pequeñas parcelas y de los horizontes previsibles. Ojalá estas líneas sean al menos una incitación al debate y a la reflexión colectiva.

NUESTRA NECESARIA HERRAMIENTA POLÍTICA (O “ES PRECISO SOÑAR, PERO A CONDICIÓN DE CREER EN NUESTROS SUEÑOS”)

La necesidad de que el cúmulo de organizaciones y colectivos que nos reconocemos parte del espacio de la izquierda independiente logremos confluir en una herramienta política común está cada vez más presente en todos nuestros debates. No nos referimos aquí a las trilladas referencias a una (tal vez inviable) “unidad de la izquierda”, ni tampoco a una deseable unidad del campo popular, lo que Gramsci llamaría la constitución del bloque nacional-popular, que sin embargo depende de la maduración de procesos que hoy nos exceden en mucho. Se trata de la convergencia de una serie de organizaciones que hemos alcanzado un grado notable de afinidad, tanto en los métodos de construcción, como en los valores que defendemos, como, finalmente, en una estrategia para la edificación de poder popular¹. Se han dado pasos, como la existencia de la COMPA² y otros espacios de articulación, pero indudablemente nuestro andar corre muy por detrás de las exigencias que nos presenta la actual etapa.

Las posibilidades de unidad demandan experiencias prácticas en común, generación de confianza entre los diversos colectivos militantes y, por supuesto, la multiplicación del debate político entre nuestras organizaciones. Sin embargo, se corre el peligro de pensar que una herramienta política surge por generación espontánea cuando el grado de articulación entre diversas organizaciones llega a una especie de “punto de saturación”. Esto no es así. Avanzar en la construcción de un instrumento político-organizativo que aporte decisivamente en la generación de una alternativa de liberación nacional y social, supone reflexionar, elaborar y discutir de manera específica las posibles vías para su conformación. Demanda, en primer lugar, recoger e intentar

1. Algunas de las características compartidas por este espacio pueden encontrarse sintetizadas en Ogando (2010) y en Mazzeo (2007).

2. Coordinadora de Organizaciones y Movimientos Populares de Argentina (www.compa.org.ar)

sintetizar en un terreno más general cada una de las experiencias parciales, sean sectoriales, locales o regionales, que son el punto de sustentación de cualquier construcción estratégica que se pretenda sólida y potente. A eso nos referimos, entre otras cosas, cuando señalamos la importancia central que le asignamos al trabajo de base. Para esto necesitamos romper el corporativismo y el enamoramiento de nuestras construcciones locales o sectoriales, el sectarismo frente a las experiencias de otros compañeros y compañeras, la desconfianza metódica y el temor al cambio. Nuestras construcciones de base son lo más valioso que tenemos, pero sólo pueden mantener y renovar permanentemente esa importancia si se proponen ser el combustible, la cabeza y el nervio de un movimiento político capaz de cambiar la Argentina desde su raíz. De lo contrario, nos consumiremos en debates que son ajenos a nuestro pueblo o nos convertiremos en administradores de nuestros pequeños espacios conquistados. No hace falta acceder al parlamento, ocupar un cargo en el Estado o en el aparato sindical para burocratizarse. También es posible caer en el sopor administrativo y el quietismo conservador desde un centro de estudiantes, un espacio cultural, una cooperativa o gestionando la construcción barrial. A la hora de definir el carácter de un colectivo es importante el método pero también la estrategia, los valores pero también la perspectiva política. Saltear esta posible trampa implica colocar en la agenda de nuestras organizaciones, como una necesidad de primer orden, pasos concretos para construir esta herramienta de síntesis estratégica, destinar recursos militantes y esfuerzos individuales y colectivos a esta tarea. Esto no es tan fácil como parece, ni es gratuito. El reflejo inmediato es reforzar permanentemente la autoconstrucción, fortalecer nuestra propia actividad sectorial y apuntar todos los cañones a los ámbitos más cotidianos de militancia. Esta definición de prioridades, lógica y productiva en ciertas circunstancias, amenaza convertirse en perjudicial ante una nueva etapa. No sólo porque impone límites muy estrechos a nuestra proyección política, sino porque puede incluso poner en cuestión la perdurabilidad de nuestras mismas construcciones de base.

Por otro lado, para encarar este desafío es necesario evitar el pragmatismo y el menosprecio por la teoría, sobre todo cuando

ésta constituye síntesis de experiencias pasadas de las clases subalternas. Indudablemente la fórmula del partido leninista de cuadros expresaba un modelo organizacional que, en todo caso, se adecuaba a otras condiciones históricas y estructurales. Hoy, uno de los denominadores comunes de la nueva izquierda pasa indudablemente por el rechazo a cualquier concepción vertical, dirigista y vanguardista de la organización. Sin embargo, esto no debe llevarnos a rechazar de plano la necesidad de ensayar respuestas tentativas, no sólo prácticas sino también teóricas, al problema de la organización política. Aunque más no sea deberíamos empezar por una sistematización de los experimentos actuales, tanto propios como ajenos, como primer paso para avanzar en hipótesis útiles para orientarnos en esta búsqueda. Está claro que la organización política que se den las clases trabajadoras no dependerá de planificaciones geniales ni, en modo alguno, de nuestra voluntad, pero al mismo tiempo es iluso pensar que ese tipo de proyectos surge por generación espontánea al margen de la acción consciente de miles de militantes armados de alguna “guía para la acción”³. La experiencia de los movimientos sociales bolivianos en la construcción del Pacto de Unidad⁴ y el mismo MAS – IPSP, la confluencia de muchas organizaciones venezolanas en el Polo Patriótico Popular⁵ o la propia conformación de PSUV, deben

3. Se toma aquella definición del marxismo formulada por Lenin con la intención de señalar la necesidad de buscar una articulación entre teoría y práctica también a la hora de pensar nuestra organización.

4. Aglutina a los sindicatos CSUTCB, CNMCIOB, “BS” y CSCIB, así como a los pueblos indígenas de tierras altas y bajas CONAMAQ y CIDOB. Ha jugado un rol fundamental en algunos momentos del proceso de cambio. Hoy se encuentra dividido.

5. Integrado entre otros por el Movimiento de Pobladores (Comités de Tierra Urbana, Movimiento de Pioneros, Movimiento de Inquilinos, Movimiento de Conserjes), Corriente Revolucionaria Bolívar y Zamora (Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora, Frente Comunal Simón Bolívar, Movimiento Popular Obrero), Asociación Nacional de Medios Comunitarios Libres y Alternativos (ANMCLA), Coordinadora Simón

ser tomadas en cuenta, al tiempo que detentan particularidades que nos inhiben de convertirlos en un modelo. También hay otros procesos, menos conocidos, como la constitución de la Organización Política del Pueblo y los Trabajadores⁶ en México que también pueden servir de insumo. No menos importante es analizar las diversas tentativas (así como sus dificultades y sus crisis) que hicieron movimientos sociales de enorme importancia como el MST de Brasil o el zapatismo mexicano para encarar esta problemática.

Las experiencias históricas deberían ser también insumos valiosos, a condición de no buscar en ellas recetas ni modelos, sino indicios útiles que orienten nuestra exploración. En este aspecto ninguna experiencia debe ser desdeñada por completo: los partidos de la Internacional Comunista, los partidos de masas que se estructuraron en la segunda posguerra, los colectivos de la izquierda radical de los 60 en Estados Unidos y Europa, las movimientos de liberación nacional del “Tercer Mundo”, las organizaciones armadas, tanto en su vertiente urbana como rural, los partidos de base sindical o laborista, los movimientos indígenas y campesinos, los llamados movimientos sociales, entre otros, forman parte de nuestro acervo histórico y pueden donarnos importantes enseñanzas y un instrumental para el cambio actual.

Un último elemento, insustituible en esta empresa, es la incommensurable creatividad popular. Con eso contamos para enfrentar el desafío de parir una forma de organización “por venir”, adecuada a los nuevos tiempos, que no tendrá que inventar “todo de cero”, pero que sí deberá tener como criterio inflexible de validación la propia praxis emancipatoria de los explotados del aquí y el ahora.

Bolívar y la Coordinadora Popular de Caracas.

6. Ver www.opnmex.org

**FUERA, CONTRA Y EN EL ESTADO (O DURMIENDO
CON EL ENEMIGO PERO CON EL CUCHILLO
BAJO LA ALMOHADA)**

Para las organizaciones que buscamos aportar a una nueva izquierda la estrategia, la meta y el camino en la construcción de poder popular:

“Esto es, la puesta en pie desde la base de instituciones, prácticas y subjetividades alternativas al sistema y que disputen con este en distintos ámbitos de la realidad social. Construir poder popular es construir nuestra autonomía como clase subalterna hoy, al tiempo que las vías para la destrucción del poder opresor y su reemplazo por un poder hacer, democrático y de los trabajadores.” (Ogando, 2010: 29)

Esta definición supone el arraigo en el territorio y en la militancia de base como algo imprescindible, pero también la necesidad de que se encuentren insertos en la perspectiva de una disputa global contra el capital y sus instituciones. Y aquí aparece, entonces, ese incómodo pero saludable problema del Estado capitalista y las vías para su superación.

Hace ya mucho tiempo que las organizaciones populares han superado las concepciones que, cosificando las relaciones sociales y particularmente las relaciones de poder, ponían como un fetiche la “toma del poder” estatal como objetivo último de la política revolucionaria. Este proceso de revisión fue abonado por la propia elaboración teórica de algunas vertientes del marxismo y del pensamiento crítico en general (incluso con aportes de la ciencia social académica que no carecen de importancia) y por la práctica misma de los sujetos sociales subalternos. Este abandono de la “estadolatría” (cfr. Boron, 2003) entroncó en su momento con planteos teóricos y políticos que reniegan de toda disputa global, ensalzan las construcciones locales como “fines en sí mismos” y reivindicán la construcción en la sociedad civil lejos de cualquier disputa con y en el Estado. El grueso de estos planteos, englobados en el llamado “autonomismo”, ha perdido predicamento en gran parte de la militancia argentina y nuestroamericana. Este retroceso es producto, en parte, de las enormes limitaciones que ha mostrado esta estrategia para enfrentar las reconfiguraciones hegemónicas del capital, a las que en sus variantes populistas pa-

radóticamente (o no) se han terminado plegando en más de una ocasión. La re-elaboración de la idea (y la práctica) de la autonomía, tan cargada de sentido por aquella tendencia de época y que hoy se resignifica en el marco de un nuevo clivaje político, es un buen ejemplo del proceso que se viene dando de manera tal vez lenta pero persistente en nuestras organizaciones. Sin embargo, un núcleo duro de este pensamiento político se ha mantenido como un resabio de cierta firmeza en organizaciones del campo popular, particularmente en las que forman parte de la izquierda independiente. Es decir, constituye un problema y un desafío de nuestros colectivos. Sigue habiendo reticencia a pensar al Estado, si bien no como el único asiento del poder, sí como un lugar privilegiado del mismo, órgano imprescindible para el ejercicio de la hegemonía del bloque de clases dominante.

Nuestra certeza, es que la disputa por un proyecto de país alternativo, de carácter popular y perspectiva socialista debe darse *fuera* del Estado, *contra* el Estado y *en* el Estado. Lo primero resulta evidente, lo segundo reúne hoy un amplio consenso, lo tercero provoca confusiones y polémicas. Detengámonos allí entonces. Nuestro punto de partida es una definición de lo estatal que excede al aparato burocrático administrativo, legal y represivo. Una definición que entiende al Estado como un entramado de relaciones sociales, como un nudo de disputas y confrontaciones, en síntesis, como un momento de condensación de las relaciones de fuerzas sociales. Esta concepción, nada novedosa por cierto, no desconoce que ese Estado tiene un carácter de clase, una organización burocrática-militar para someter por la violencia a las clases subalternas, y reglas del juego institucional y del sistema político hechas a medida del *status quo*. Es decir, un Estado nacional expresa ciertas relaciones de fuerzas (y niveles de institucionalización de las mismas), y por lo tanto la hegemonía político-cultural, de una de las clases fundamentales de la sociedad. Sin embargo, esto no supone cristalizar esas correlaciones como inmutables, suponer a las instituciones como imperecederas, o pensar, a lo Sorel⁷, que sólo el acto único e irrepetible de la huelga

7. George Sorel, teórico del sindicalismo revolucionario francés.

general revolucionaria derribará de un día para el otro esa “maquinaria”, para luego permitirnos recomenzar por la mañana con la construcción de un nuevo tipo de organización social. Muy por el contrario, las diputadas parciales, las modificaciones moleculares en la correlación de fuerzas, las acumulaciones y conquistas, es decir las batallas de una “guerra de posiciones”, son posibles y necesarias. Aquí es donde hay que evitar las confusiones: esto no implica pensar que el Estado capitalista será desarmado desde adentro, que de a poco lo iremos infiltrando, o que la conquista paulatina de reformas irá cambiando gradualmente su carácter sin necesidad de momentos insurreccionales o choques violentos. El Estado capitalista no es biodegradable, eso está claro. Pero sí es posible intervenir de diversas formas en ese entramado de relaciones para retroalimentar las experiencias de institucionalidad alternativa que vamos pariendo, para disputar sentidos y recursos, para construir referencias públicas y hechos culturales, para consolidar como anillos defensivos que protejan nuestras organizaciones, etc. Los ejemplos concretos son muchos y variados: obtener leyes o reglamentaciones que permitan mejores condiciones de vida (y de lucha) para nuestro pueblo; conseguir recursos (que el enemigo hegemoniza) para pertrechar nuestras respuestas contrahegemónicas; aprovechar los intersticios legales y cada terreno de institucionalidad parcialmente favorable o contradictorio; no resignar de ninguna manera la disputa dentro de ámbitos estatales o para-estatales, como pueden ser el sistema educativo y las universidades, el sistema científico o los medios de comunicación. En alguna medida la gran mayoría de nuestras organizaciones vienen dando batalla en varios de estos ámbitos, con mayor o menor fortuna, de manera más o menos decidida. En la gestión de las cooperativas de trabajo, en los bachilleratos populares, en nuestras experiencias sindicales, en las disputas científicas e intelectuales, en la conducción de centros y federaciones universitarias, estos debates se encuentran presentes, primando cada vez más las evaluaciones maduras y las miradas más complejas para encarar el asunto. Sin embargo, hay un ámbito de disputa institucional insoslayable, tan evidente como problemático para nuestras organizaciones: la política electoral.

**ESE OSCURO OBJETO DEL DESEO
(¿O TAPAR EL SOL CON LAS MANOS?)**

La participación en un ámbito por excelencia de la institucionalidad dominante, como son las elecciones, es todavía un punto ciego para la nueva izquierda. Si bien hoy son pocas las voces que sostienen el abstencionismo como estrategia o la no participación como un principio inmodificable, también es cierto que el debate sobre las condiciones y las formas efectivas de una participación electoral parece un tema tabú. Solemos despachar el asunto con breves y previsibles frases como: “es un ámbito más de disputa” o “no lo descartamos en el futuro pero aún no existen las condiciones”. Ambas afirmaciones son válidas pero insuficientes y denotan cierta reticencia frente a un debate. Es “un ámbito más”, de acuerdo, ¿pero qué importancia tiene aquí y ahora? ¿Cómo se articula con los otros “ámbitos”? ¿Se puede prescindir del mismo? “No existen aún las condiciones”, pero ¿cuáles son esas condiciones?, ¿cómo trabajamos desde hoy para generarlas?, o mejor dicho, ¿es parte de nuestras tareas producirlas o debemos dedicar nuestros esfuerzos a otra cosa? Estas preguntas son incómodas, probablemente antipáticas y evidentemente no tienen respuestas certeras en la coyuntura. Más aún, esas respuestas no serán individuales ni patrimonio de un sólo colectivo. Sin embargo urge comenzar a buscarlas. Estas líneas no intentan saltar procesos, evadir maduraciones necesarias, ni reemplazar con un ejercicio retórico las conclusiones que irán surgiendo de nuestra propia praxis política y de los momentos de síntesis que de ellos seamos capaces de hacer. Sólo pretenden expresar, justamente, algunas pocas conclusiones emanadas de esas experiencias y esas síntesis, desde un lugar particular y siempre incompleto, que no se supone más legítimo que otros, pero tampoco menos.

Esas conclusiones preliminares nos sugieren que la articulación de una alternativa social y política de carácter popular, demanda (en las condiciones actuales y en nuestro país) un episodio de disputa electoral como momento insoslayable de acumulación de fuerzas. En términos teóricos no descartamos nada, pero en términos de análisis político concreto es improbable que la disputa contrahegemónica en un futuro inmedia-

to pueda prescindir del momento electoral. Los porcentajes crecientes de participación en las elecciones⁸, las características que han adoptado los principales procesos de cambio en nuestro continente, así como condiciones estructurales de la sociedad contemporánea nos llevan a esa convicción. Esto de ninguna manera significa que sea el terreno de lucha decisivo, ni que debamos subestimar la importancia estratégica de la movilización extraparlamentaria de masas o la existencia de crisis estatales agudas e insurrecciones populares. Muy por el contrario, estos fenómenos existen, pero suelen articularse de maneras diversas con algún tipo de experiencia electoral. De hecho, esta es la tendencia que se ha expresado con fuerza en los casos de Bolivia, Venezuela y Ecuador, donde la dialéctica entre procesos de masas, crisis del Estado, nuevos gobiernos y gestación de poder popular se encuentra aún abierta. Es más, incluso en situaciones mucho más contradictorias y menos alentadoras, como las de Argentina, México⁹, Brasil o Paraguay, nos encontramos con formas de articulación (a veces bizarras) entre la crisis social, las construcciones populares y expresiones electorales. ¿O acaso era pensable el kirchnerismo sin un diciembre de 2001? Y estos últimos ejemplos sirven de mucho, porque muestran lo urgente de gestar alternativas propias frente a estas exitosas maniobras de sustitución y ex-

8. Esto supone un debate evidente con compañeros que sostienen que una participación electoral de un 70% u 80% es baja ya que un 30% no participa o vota por ejemplo en blanco. No hay aquí lugar para extender la argumentación. Sólo diremos que: a) Los porcentajes de participación electoral vienen creciendo de manera sostenida hace varios años en países como Argentina; b) Que asignar una orientación política determinada y compartida (supuestamente el rechazo al sistema político, y además por izquierda) al heterogéneo conglomerado de ciudadanos que no vota carece de cualquier sustento empírico o analítico.

9. Nos referimos principalmente a la coyuntura de 2006 y las movilizaciones contra el fraude electoral y en apoyo al candidato de la Coalición por el Bien de Todos (PRD - Convergencia - PT), Andrés Manuel López Obrador.

propiación de la iniciativa popular “desde arriba”. Más sencillo: si la política, incluso la electoral, no la hacemos nosotros, la siguen haciendo ellos. Peor aún, si no lo hacemos nuestras valiosas construcciones sociales puede terminan aportando a proyecto políticos y liderazgos ajenos.

Por otro lado, aparece la cuestión de los tiempos. También haremos una primera aproximación: para nosotros la construcción de instrumentos que puedan dar pelea en el terreno electoral es un desafío del presente, del tiempo político que se cuenta en años y no en décadas o lustros. Por lo menos en sus instancias iniciales o preparatorias es una tarea del momento actual. En ese sentido pensamos que es necesario poner en cuestión la idea extendida, por lo menos en parte de nuestras organizaciones, de que hay que atravesar una etapa de acumulación de fuerzas que se realiza exclusivamente en el terreno de la militancia social para luego, cuando se haya acumulado suficiente, pensar en alguna referencia político-electoral. Una fuerza social organizada es imprescindible, como lo demuestran las pobres performances electorales de fracciones de izquierda que participan sistemáticamente en las elecciones¹⁰, o los pies de barro que muestran los distintos experimentos “progresistas” que carecen de una construcción popular sólida. Pero también es cierto que la construcción de alternativas político-electorales y de liderazgos populares genuinos y democráticos puede potenciar de manera dialéctica la acumulación de fuerzas sociales en una perspectiva contrahegemonía. El ejemplo más notable de una dinámica de este tipo es, con sus tensiones y límites, el fenómeno del “chavismo” en Venezuela. Así, la acumulación política y social de nuestras militancias de base, de las construcciones sectoriales, de las disputas extra-institucionales, pueden combinarse y potenciarse con experiencias iniciales, por más limitadas que estas sean, en el terreno electoral. Por ejemplo, indudablemente la débil construcción de base de Proyecto Sur incidió en su deriva posterior, pero de ninguna manera la determinó fatalmente. La figura de Pino Solanas podría haber sido

10. La expresión más palpable de esto es que un 2,5% (cifra irrisoria por más alentadora que pueda resultar respecto de las previsiones iniciales) haya recibido la denominación de “milagro”.

un catalizador que fortaleciera a un sinnúmero de organizaciones populares y fueron decisiones políticas (que por supuesto a su vez fueron favorecidas por carecer de aquélla construcción de base) las que frustraron esa perspectiva.

Esta reflexión no implica negar las complejidades de la disputa institucional en general y electoral en particular. El terreno de la institucionalidad estatal es el clivaje donde se concentra y articula la hegemonía del bloque dominante y por lo tanto, como bien se ha dicho, es una cancha muy inclinada, con un árbitro que nos bombea sin pudor y a veces escasa iluminación. Sin embargo, es una cancha donde habrá que jugar si lo que se quiere es pelear el campeonato. En necesario empezar a dar en toda su plenitud este debate, sin especulaciones, sin dogmatismos de ningún tipo, con respeto por todas las posiciones y aprovechando las grandes coincidencias políticas y la enorme confianza conquistada entre un número importante de organizaciones de la izquierda independiente.

Sea este un aporte más. La nueva izquierda será el producto de una praxis colectiva, o no será nada. Esa es nuestra convicción y ese es nuestro horizonte. No hay inventos grandilocuentes, líderes predestinados ni fórmulas mágicas en la carta natal de esta criatura. El sueño se va forjando todos los días, con el sedimento de las mejores tradiciones de nuestro pueblo, desde la militancia cotidiana de miles de anónimos constructores, con las idas y las vueltas de nuestras organizaciones, con nuestras vacilaciones, con nuestros aciertos pero también con nuestros errores. Las sensaciones son dispares: a veces parece lejano el objetivo, invencibles los enemigos, grandes los obstáculos, pobres nuestras fuerzas y hasta demasiadas nuestras propias miserias; pero otras veces no, otras veces olfateamos algo, presentimos un futuro, sentimos que se está avanzando, que a paso lento, algo, sin embargo, está en marcha y tal vez no se detenga. Hay momentos, de verdad, donde pensamos que se puede, que las nuevas fuerzas de Nuestra América nos empujan, que la indignación del Norte nos renueva las esperanzas, que nos estamos entrometiendo en la tarea de una década, y por qué no, de una generación.

BIBLIOGRAFÍA

Boron, A. (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.

Mazzeo, M. (2007). *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*. Buenos Aires: El Colectivo.

Ogando, M. (2010). “¿Y a la izquierda del kirchnerismo qué? Apuntes críticos para una nueva izquierda”, en *Batalla de Ideas*, n°1, septiembre de 2010.